

Colorín colorado

Myrna Pastrana*

El 30 de abril, como todos los años, celebramos el día del niño. Creo que a eso se debió que un amigo fue a la escuela de su nieta a leer cuentos. Cuando me lo comentó pensé: será un buen momento para hacerlo, los cuentos siempre serán bienvenidos. Ahora me doy cuenta que hablé sin pensar. Tal vez lo hice como una reacción a la pavorosa nota del hombre que pretendía vender en Estados Unidos a su nieto de dos años; y de la pareja de adultos, padre y madre, que le quemaron las manos en una estufa a su niña de seis años porque había tomado unas monedas de una alcancía.

Niños, cuentos y realidades cotidianas son tres asuntos conectados entre sí, aunque a veces los ignoramos. Los niños son invisibles, generalmente por su minoría de edad, porque no tienen voz y cuando se expresan es a través de terceras personas, como los padres o algún pariente cercano; en el caso del niño que iba a ser vendido, fue el padre quien dio aviso a la autoridad de las intenciones del abuelo; y en el de la niña, una vecina denunció a las autoridades de la acción de los padres. Nos enteramos por los medios de comunicación —no habría otra forma posible— y así es como nos hemos informado de mil y una atrocidades que les suceden —¿a cuántos?— al amparo de un castigo infringido con fines de corregir su conducta. Aunque también hay niños felices, por referirse de alguna manera a aquellos que transcurren esa etapa de su vida sin mayor sobresalto que la maduración propia de su edad.

A menudo hemos escuchado *slogans* que rezan: “los niños son el futuro de la sociedad”, “los ciudadanos del mañana”, siempre enunciados en tiempo futuro, el presente no existe. De ahí que la infancia es punto de partida con proyección a ser y los futuros sólo cobrarán vida, como en los tiempos verbales, cuando dejen de ser presente o lo que es lo mismo, cuando dejen de ser niños, tengan derechos ciudadanos y los hagan valer por sí mismos. Se tiene la percepción de que los niños son unos seres chaparritos que deambulan por la casa mientras les pasa la viruela de la infancia.

Ya crecerán, dicen las madres un tanto impacientes por verlos saltar esa etapa. Mientras eso sucede, las más preocupadas, pocas por cierto, comparten con las amigas los triunfos de sus hijos alcanzados en alguna asignatura escolar.

Otras, se dedican a saturar al hijo —convertido en estudiante de tiempo completo— con clases de ballet, judo, guitarra, gimnasia artís-

tica, de un idioma extranjero, porque algún día irá a estudiar a otro país, de danza folclórica y de cuanto curso se ofrezca extra muros de la escuela. Hay quienes sueñan a sus hijos en la NASA, despegando en Cabo Cañaveral a toda velocidad para conquistar otros planetas. En tanto llega la fecha, los chicos estudian matemáticas y física fuera de la escuela para irle ganando tiempo al tiempo. Todo esto promovido por los adultos con la mejor de las intenciones.

Existe otro tipo de niños, que tal vez corran con mejor suerte porque sus padres no pueden pagar esos cursos extra y ocupan el tiempo en ser niños en sus ratos libres con las miles de aventuras que les proporciona su espíritu investigativo de la realidad.

Llegará el tiempo en que se gradúen de niños y empiece la edad juvenil o la adulta y le tocará a cada quien evaluar cómo le fue en la feria. Para mi hermano, el recuerdo de sus primeros años le produce un sentimiento desagradable, lo dice rápidamente y cierra el tema de conversación. Cuando lo hace, señala: “no me gusta acordarme del kínder —el cual operaba en un parque de la ciudad donde vivíamos— porque en realidad no lo cursé debido a que siempre estuve castigado en el sótano del quiosco que estaba en el centro del parque; ese espacio era utilizado para guardar los instrumentos de la banda municipal. Estaba muy oscuro, apenas si entraba una luz por la puertita”.

A otros niños, más afortunados, les cuentan historias al estilo de las aventuras de Tom Sawyer y su inseparable amigo Huck Finn en una población ubicada en el suroeste de Estados Unidos a orillas del río Mississippi. Y a este tipo de contadores de historias, también tendrían mucho que decirles los niños llamados “de la calle” —que más bien sería “en la calle”—, refiriéndose a los que tienen que sortear uno y mil obstáculos para sobrevivir diariamente.

Hablando de niños y sus tragedias, a menudo se piensa en los niños pobres y en los niños ricos; los unos, infelices y los otros, felices. A estos últimos les cuentan cuentos en la escuela o antes de dormir, por cierto nada gratificantes en sus historias, mucho menos en cómo es que los autores han resuelto los finales.

“La casita de chocolate” de los hermanos Grimm es la historia de un par de hermanitos llamados Hansel y Gretel que fueron llevados por sus padres al bosque y abandonados a su suerte por no tener comida para alimen-

tarlos. En varias ocasiones lograron regresar a su casa, pero los padres nuevamente los volvían a dejar en el bosque.

En una de tantas veces no pudieron regresar y realmente se perdieron, caminaron y caminaron hasta que encontraron una casita de chocolate en donde vivía una ancianita que los invitó a pasar y que en el fondo se trataba de una terrible bruja que tenía intenciones de comérselos. Finalmente, Gretel mata a la bruja empujándola a las llamas del horno donde iban a ser asados los niños y de este modo pudieron huir. El cuento entremezcla muchos valores: padres que abandonan a menores, brujas que comen niños y el crimen como solución.

El final de “La Cenicienta” es espeluznante, de página roja. Sucedió como casi todos sabemos: la Cenicienta se quedó huérfana de madre, y el padre, un hombre muy rico, se volvió a casar con una mujer que a su vez tenía dos hijas muy bellas, pero de mal corazón. Las hermanastras hicieron sufrir todo el tiempo a la hermosa Cenicienta, hasta que en un final feliz, después de que el príncipe encontró a la dueña de la zapatilla extraviada, se desposó con Cenicienta. En castigo por su mal comportamiento, el día de la boda unas palomas, a picotazos, dejaron ciegas a las traidoras hermanastras.

La reina malvada del cuento de Blanca Nieves fue condenada a bailar calzando unos zapatos de hierro sobre carbones encendidos hasta su muerte. “Barba Azul” es un cuento de fines del siglo XVII, inspirado en un asesinato de esposas que por poco le quita la vida a la última si no hubiera sido salvada en el momento preciso por dos de sus hermanos. En el caso de Caperucita Roja fue comida, al igual que su abuelita, por un lobo feroz y rescatada finalmente por un leñador que le abre la panza al lobo y se lo llena de piedras.

Los cuentos son un reflejo de la realidad de su tiempo, muchos de los que siguen vigentes y enlistados como joyas de la literatura, fueron escritos a finales del siglo XVIII y durante el transcurso del XIX para niños de esas épocas y en circunstancias sociales muy específicas. Se escribieron con el fin de hacer felices a los niños. Habría que preguntarse qué tanto cumplen en la actualidad con ese objetivo.



Christian Torres

Los niños de Ciudad Juárez y en 2013 —como los niños de otras latitudes— indudablemente también están inmersos en la problemática que les ha tocado vivir. Los que viven en esta ciudad están conscientes de las desgracias de los últimos años y en innumerables casos han sido víctimas directas y colaterales de la violencia. Están muy lejos de ser los bajitos de estatura que van y vienen de la escuela sin percatarse del mundo que les rodea. Lograr que el periodo de la infancia transcurra con mayor o menor relativa felicidad en los niños es tarea de los adultos, pero lo es también complicarles la existencia. De nosotros depende.

*Escritora y periodista.